

## Discurso pronunciado en la inauguración de Cursos de 1941

POR EL

**Ing. Rodolfo Martínez**

Rector de la Universidad

Me toca presidir por primera vez el acto solemne que tiene tan significativa caracterización en la vida universitaria y lo hago a pocos meses de haber tomado sobre mí, la responsabilidad que importa tener confiadas a la propia prudencia tan nobles y esclarecidos destinos.

Iniciamos la tarea con un ambiente de serenidad en los espíritus, propicio para una labor de trascendencia cultural y científica. Y es de esperar que la tranquilidad se mantenga y que el mejor y más completo conocimiento de los factores esenciales en el desarrollo de nuestra actividad universitaria permita una cooperación más estrecha, señalando una unidad de acción tan necesaria para el prestigio de la Casa, ya que aunque lógicamente es variada la posición espiritual de sus maestros, como lo es también la diversidad de sus estudios, a todos nos une la idea fundamental de ser útiles al país en lo que es más noble y desinteresado: el adelanto y progreso de su cultura superior.

Creo servir con lealtad esa política de paz y que la confianza depositada no ha de tener motivo para atenuarse, porque la concordia que hace posible el trabajo fecundo, seguirá encontrando en mí un empeñoso sostenedor. Me alienta en el esfuerzo el generoso asentimiento con que fueron aceptadas mis palabras de la hora inicial y el ofrecimiento de colaboración desinteresada que he recibido después correspondiendo a aquellas, colaboración que,

si bien no debí buscar por el camino inoportuno de la promesa, hoy debo agradecer y aceptar, ratificando los propósitos de justicia e imparcialidad que fueron capaces de determinarla.

Leibniz decía: "Los cuerpos chocan y se excluyen; los espíritus no". Y el agudo ingenio de Jean Jaurés, comentando estas palabras, añadió con singular acierto: "En la región del espíritu, en la región de la libertad, que se alcanza cuando se juzga, se dejan de lado todas las exclusividades y se reconcilia lo que hay de común".

Cómo no hemos de tener seguridad de una tarea sin discrepancias en este hogar de tan selectos espíritus, y cuando tenemos todos ideales de especial nobleza que nos son comunes.

Hoy abre de nuevo la Universidad sus puertas a la juventud y en una ceremonia de doble significado recibe a los que llegan a ella y se incorporan a sus aulas, algunos por primera vez, y despide a los que se marchan, llevando con el pergamino que acredita competencia, el pensamiento de una nueva y grande responsabilidad, porque el título universitario es blasón de linaje más exigente en la corrección escrupulosa de la conducta, que en los aciertos seguros de la acreditada sabiduría.

Y todos en hermandad de ciencia; unos porque aspiran a ella y a buscarla vienen con pujanza empeñosa de almas nuevas y de vida en comienzo; los otros, porque llevan ya su propio caudal bebido en las fuentes de nobles enseñanzas, han de mirar esta casa con "hondo recogimiento", porque significa para los primeros un nuevo horizonte que se abre por caminos elegidos a designio para marchar por la senda de más especializados estudios, con nuevos compañeros y distintas modalidades, la vida que se inicia es de menor exigencia en la disciplina, pero de mayor compromiso en el trabajo, un poco más de la libertad que se ha soñado, un poco menos del contralor a que se estuvo sometido, pero mucho más de circunspección en todos los actos. Y esto, que desde luego impone al espíritu joven, se ha de desarrollar bajo la sombra de los claustros viejos; que hablan de costumbres pasadas y de hombres que fueron; testigos mudos de la historia antigua y que lo serán también de la historia nuestra, que todos hemos

de escribirla aportando el grande o pequeño tributo de nuestros aciertos o nuestros errores a la obra y al juicio que ha de caracterizar el minuto de nuestra generación en el pasar constante de la existencia humana.

Y los segundos, los que se alejan después de haber vivido largos años en ella, soñando a veces, sufriendo la angustia de la incertidumbre o gozando a pleno corazón el éxito que llega y reconforta. Algunos de los cuales, quizá, y en momento de entusiasmo y juvenil rebeldía, y por un error de la propia visión, creyeron ver los viejos muros envueltos en sombra, la que hubo de disiparse para ellos luego, apareciendo la realidad del ambiente más diáfana y mejor comprendida cuando los espíritus aquietados y las mentes serenas, buscaron bajo las bóvedas la luz sin colores, la cátedra sin encono y la ciencia sin partidos. Estos tampoco podrán olvidar el hogar espiritual de su formación científica, y habrán de amarlo con fervor de hijos, guardando su recuerdo como el mejor perfume de los tiempos felices, y serán fieles al lema escrito en su portada centenaria, y serán herederos de su señorío, de ese señorío espiritual que dice Larreta: "Es el de las fuerzas inmateriales, restablecimiento enérgico del sentido interior de la vida, tirón de su concepto hondo..." y podría añadirse que en este caso tiene prosapia noble y sabor de historia, porque parece que lo fijaran muy al fondo del alma los propios sillares de esta Casa que se encienden de vida al recuerdo ilustre, como si fuera extraño privilegio de los espíritus superiores perpetuar a los hombres que animaron, y alumbrar con su reflejo la quietud inmutable de las cosas.

Pero ha de decirse en honor del "alma mater", que si bien el trabajo se forja en yunques históricos y la tradición que es gloriosa, gravita con legítimos títulos en su prestigio, el progreso no suspende en ella su corriente como "en un remanso", ni "el viejo tiempo se ha detenido en esta Casa a descansar sobre su rueda quieta y oxidada" como en la antigua Santillana del hidalgo, sino que es esencia de su vida caminar hacia adelante, llevando al corazón de las gentes, como su escudo lo manda, las más modernas especulaciones de la ciencia, el acierto de las

nuevas concepciones; orden que se ha de cumplir en armonía, porque no han de ser de destrucción los nuevos vientos, sino aire de mejora y renovación continuados, tarea apacible y grata al espíritu, que tiene siempre ansias de infinito y que levanta mejor su vuelo si se apoya sobre piedras que conservan, sin perderlo nunca, el aroma de su vida inmortal.

La verdad de este empeño de mejoramiento constante la están dando nuestras Facultades que acaban de sancionar: la de Medicina un nuevo plan para la carrera de Odontología, modernizando el que rigiera por espacio de varios años, y creando una Escuela de Enfermeras que viene a llenar una verdadera necesidad en nuestro ambiente social.

La Facultad de Ingeniería ha aprobado ya nuevos planes de estudio para las carreras de ingenieros aeronáuticos y de arquitectos, el primero incorporando asignaturas que importan una vasta ampliación de conocimientos, algunos como la mecánica de los fluidos, base indispensable para un mejor estudio de la hidráulica y aerodinámica y otras que determinarán en el nuevo profesional una mayor aptitud para responder con eficacia a las exigencias de su título.

Pero el problema de nuestra Facultad de Ingeniería reside en forma substancial en mejorar sus laboratorios y gabinetes y de acuerdo al compromiso que suscribiera al asumir mi cargo, he tratado y seguiré tratando con mayor dedicación que se incorporen en el presupuesto de la Universidad partidas para ese objeto. Puedo afirmar que he encontrado excelente disposición en los legisladores por Córdoba y dos de ellos presentaron a mi pedido y con la mejor voluntad, un proyecto destinando una partida con carácter anual y permanente para ese fin. En todas las gestiones que he realizado ante el Poder Ejecutivo Nacional o ante los legisladores, he procurado obtener la sanción de dicho subsidio y abrigo la esperanza de que será una realidad la ley que lo consagre.

El plan de arquitectura amplía los estudios en materia de valor artístico, en orden sobre todo a la decoración y a la historia de la arquitectura americana, materia que puede abrir horizontes

hasta ahora poco explorados, de la cual no se dictan cursos en nuestras Facultades, habiendo sido la creación de la cátedra una aspiración de los especializados, y de la que se han hecho eco congresos y asambleas de los arquitectos de América.

Debo señalar, sin embargo, que el estudio de esa arquitectura habrá de basarse en gran parte sobre conocimientos de arqueología lo que permitirá ahondar, por medio de una información más completa sobre el arte americano, el grado e importancia de nuestra propia civilización originaria, pues como ha dicho Schnaase, citado por Rodenwaldt en su obra sobre el arte clásico, "El Arte es la conciencia más cierta de los pueblos; es la encarnación de su juicio sobre el valor de las cosas".

Creo que la Universidad de Córdoba podrá prestar un gran servicio a la cultura del país, si funda un Instituto de Arqueología y Lingüística, pues poco se ha hecho en nuestro medio sobre estas especializaciones, desde que el espíritu superior de Monseñor Pablo Cabrera apagara su luz en el atardecer de su existencia fecunda. Me ha alentado en esa idea el digno profesor y Presidente de nuestro Instituto de Estudios Americanistas, y esperamos que nuestros recursos modestos no sean obstáculos insalvables para su realización necesaria.

El hombre parece que por mandato divino, tuviera siempre la inquietud por el conocimiento de la obra que realizaron los que fueron sus antecesores en su paso por el mundo; y busca en el rastro permanente que dejaron, a veces, el aporte que a la vida espiritual le dieron, otras, la distancia que lo separa de las viejas concepciones sobre el angustioso enigma de su misión y su destino. Y así fué a indagar sobre la civilización griega, encontrando que ésta tenía su raíz primera en la isla de Creta, en una época anterior en 3 000 años al comienzo de la era nuestra; las cenizas de aquella lumbre estaban apagadas hacía más de diez siglos cuando recién la lira de Homero dió sus notas de emoción eterna, y sólo varios siglos más tarde, Fidias asombró al mundo con el "Partenón" e inmortalizó a los dioses deleznales, con el soplo vital de su arte supremo. Y este espíritu del hombre fué a preguntar su historia al viejo Egipto, y penetró en la cultura de

"Fayun" como la llamara Schaff, más antigua que la de Baraldi, y anterior a las épocas de las Pirámides; y se asomó a los misterios de la India, no sólo estudiando los antiguos pensamientos filosóficos de los Upanisadas, y las reglas de religiosidad de Confucio, sino que quiso saber del arte de construir de los Maurya, y en la China averiguó cómo ejecutaron las obras que hicieron famosa la dinastía de los Tcheu, y en el Imperio del Sol Naciente indagó sobre sus pinturas curiosas y sus templos famosos; y fué al Islam para que le mostrara el secreto de los Omeyas y Abasíes, que vivieron siglos después de la construcción del Tak-i-guirra y el Palacio de Hatra, los que señalaron con su magnificencia el poder de los Arsácidas; y fué a la Roma de los emperadores, que cediera su turno luego a la Roma de los mártires; y a la España que ha cansado a la Historia según la afirmación magnífica de Castelar; y fué a escarbar la tierra de Francia, generosa en su cultura y respetable en sus sufrimientos, y a las colinas del Rhin, y a la América de los Aztecas y de los Hijos del Sol, y a estas tierras nuestras de los Guaraníes y Charrúas, de los Tonocotés y los Lules, de los Juríes y Comechingones. Y este espíritu del hombre sigue preguntando a la tierra sobre su propia historia, a la tierra que siempre es generosa porque le da sus frutos y porque le da reposo, como si la Humanidad en la prolongación continuada de su obra encargara a los investigadores y a los sabios el hacer un examen de conciencia de sus actos, y éstos le enseñaran luego las pruebas irrefutables de sus glorias ciertas y los surcos profundos de sus grandes dolores.

Las investigaciones de los hermanos Wagner que los han llevado a establecer su teoría de la civilización chaco-santiagueña, antiquísima según ellos y ya desaparecida cuando se realizara el descubrimiento de América, conclusiones que fueran discutidas por otros investigadores como Serrano, señalan de un modo imperioso el vasto campo que se abre a una seria preocupación por esta clase de estudios en las regiones de Córdoba.

La Universidad no puede estar ausente de este movimiento espiritual del mundo, y tiene la obligación de ser útil a América en el conocimiento de sí misma, aportando a la ciencia lo que pueda

enseñar un nuevo organismo orientado hacia ese género de investigaciones.

Naturalmente que no ha de darse al espíritu con estas y otras ideas, la gloria de los sueños, porque la severa situación que vivimos será en nuestras aspiraciones fuerza capaz de sujetar el natural deseo de superación, ya que han de ser factores del equilibrio que es esencia del gobierno, el ideal a que se aspira y la realidad que nos circunda.

La Universidad no tiene aún resuelto para este año el problema de su presupuesto; sus gastos estaban autorizados en el proyecto enviado por el Poder Ejecutivo al H. Congreso de la Nación, pero gravitaban con exceso sobre el fondo universitario. De las primeras gestiones que iniciara, fué para conseguir que el señor Ministro de Instrucción Pública tuviera empeño en modificar esta situación, y puedo afirmar que su voluntad en éste como en otros casos, está al servicio de la Casa que lo cuenta entre sus más distinguidos profesores.

Si a pesar de sus buenos oficios y de la cordial acogida de los legisladores por Córdoba, a los cuales me he dirigido, no tuvieran un feliz éxito mis gestiones, habría que pensar con dolor en el recurso de las economías, pues el presupuesto de 1940 es insuficiente para los servicios que la Universidad ha de prestar en el año presente.

Pero tengo fe en que sobre la cultura superior del país no se ha de economizar, siguiendo el alto ejemplo de los pueblos más adelantados, que aún en caso de guerra supieron no disminuir la labor de sus gabinetes ni las facilidades del trabajo intelectual de sus maestros. Pienso que nuestra reclamación, siempre en el minimum de nuestras necesidades, sabrá encontrar favorable voluntad, y que habremos de marchar con el ritmo necesario para servir con honor el noble ideal a que debemos nuestro empeño.

Este año la Facultad de Derecho celebra el 150° aniversario de la fundación de la Cátedra de Instituta. Fué así cómo el estudio de las Instituciones de Justiniano, a través del comentario de Arnoldo Vinnio, se iniciara en la Universidad a los 178 años de fundada ésta, como lo señala Garro. Dicha cátedra fué dic-

tada por el doctor Victorino Rodríguez, abogado de la Real Audiencia, y de las más recomendables cualidades de ciencia, prudencia y conducta, según la expresión del Gobernador Marqués de Sobremonte, que lo nombrara.

La Universidad y la Facultad de Derecho deben su recuerdo respetuoso a su primer catedrático, no sólo por el desempeño de su cargo, sino también porque debido a su iniciativa se creó el 15 de junio de 1793 una segunda cátedra de Instituta y porque no fué ajena a sus empeños la Real Cédula del 20 de setiembre de 1795, por la cual se concede a la propia Universidad "la licencia para dar grados de bachiller, licenciado, y doctor en dicha Facultad".

Este primer maestro del Derecho fué, con Liniers, factor importante en la contra-revolución que se pretendiera iniciar en Córdoba, cuando los hombres de Mayo conmovieron a la Colonia con el grito revolucionario del 25; fué muerto también con Liniers cerca de Cabeza de Tigre, probándose así que, a veces, sólo a precio de sangre generosa y con la emoción de amargos dolores, se produce en la historia de los pueblos el alumbramiento glorioso de las grandes libertades.

No es el momento de señalar la influencia que esta nueva orientación en los estudios tuvo en el desarrollo ulterior de la Universidad; la Facultad de Teología entró a competir con la de Derecho las preferencias vocacionales de los alumnos y la importancia docente de los maestros. Aquéllos y éstos gravitaron luego en la organización política y jurídica de la Nación.

La Universidad ha de auspiciar, y así lo he dispuesto, todos los actos que en conmemoración tan gloriosa se celebren.

Pienso que nos será posible ofrecer la más alta tribuna universitaria a hombres destacados del país que hayan sufrido la prueba dura de tener parte de responsabilidad en su destino. Aspiro a que la más alta cátedra sea ocupada no sólo por valores que sean expresión de la ciencia, la historia o el arte, sino que nos sirva para que escuchemos sus opiniones autorizadas sobre nuestros problemas, sin la pasión de la tribuna política, ni la natural orientación de la actividad parlamentaria.

Confío para ello en la Universidad, como recinto sin vio-



lencias. Fío en los ciudadanos que habremos de invitar, por la seriedad de su vida y hago honor a la cultura de nuestro medio, capaz de colocarse a la altura del recinto y de los hombres elegidos.

Señores estudiantes:

"Comenzáis la vida en tiempos difíciles", ha dicho Andrés Maurois a la juventud de estos años, y añadió con sabiduría: "Vuestra generación nada contra la corriente en un mar agitado".

A los que tenemos en parte la responsabilidad de vuestro futuro, nos ha de ser permitido deciros que es recurso de vosotros mismos que no sean más fuertes las olas, que los firmes empeños de vuestra voluntad.

Buscad la verdad con pasión de encontrarla, creed que los ideales valen más que las cosas que en la naturaleza mueren, amad la ciencia, que, al decir de Avellaneda, "es la visita de Dios iluminando la inteligencia". Ella os dará las más grandes satisfacciones, sed soldados del deber y defensores de la justicia. No avancéis en el agravio para sostener ideas; sed fuertes en la adversidad y generosos en el triunfo; a nada temáis tanto como a vuestras injusticias. Seguid en los actos, los mandatos de sanos principios fieles a ellos aunque las circunstancias de la vida cambien, para que no pueda decirse de vosotros lo que el poeta árabe cantó del arco del cazador: "Me maravillo de la ingratitude del arco, porque no es leal con las palomas del bosque; cuando era rama fué su amigo, y ahora que es arco las persigue".

Es vuestra condición de juventud soñar; soñad con cosas grandes, que si el objetivo a que se tiende no aumenta por la intensidad de nuestro deseo, el alma se agranda en cambio con la magnitud del ideal a que se aspira.

Defendedos de la agresión extraña con la seriedad de la conducta propia; "aseguráos un refugio interior contra la crueldad de los seres y de las cosas". Amad la libertad que es don de Dios, respetad las instituciones, aunque a veces las manos de los hombres las deformen. Sean vuestras armas siempre, como la

lanza del héroe de Homero: "Cortada de la mejor madera de la cumbre de la montaña más alta...".

Perseguid con ilusión incansable la finalidad de vuestros estudios, que la esperanza de hoy puede ser la realidad de mañana, pues se ha dicho con justeza, que a veces "la Beatriz de los sueños no se evapora como la Beatriz del Dante, a la luz de las estrellas".

Señores graduados:

En esta Casa quedan vuestros años mejores; por eso y por la cálida solicitud con que acogió vuestras inquietudes, una vinculación filial os unirá por siempre a su nombre y a su lema. A ambos habéis de responder para cumplir en justicia, y si vuestras fuerzas fueran pocas para saldar deuda de tan singular privilegio, que el auxilio del Cielo os conforte, y el ejemplo de los justos os estimule.

Evocad a Sócrates, que según se relata en un diálogo platónico, tendido en el último lecho, en que la iniquidad humana lo postrara para castigar la envidiable grandeza de su vida, vuelve la mirada vacilante y turbia ya, diciendo aquellas palabras que, por llenar con cosa tan pequeña momento tan grave como el de la muerte, son una síntesis perfecta de su conducta, que enseñan siempre con la luminosidad de los rasgos sublimes: "Critón, debemos un gallo a Esculapio, no te olvides de pagar esa deuda..."

Quedan inaugurados los cursos de 1941.

---